

colección rúbrica



SONIA MARTÍNEZ MARTÍNEZ



EN LOS OJOS DEL REY

esstudio
ediciones

A Sofía y Pablo, mis hijos

Nota de la autora

En las páginas de *En los ojos del Rey*, lugares, personajes, situaciones, fechas y muchas de las intervenciones del rey son reales. Dentro del marco de la novela histórica se desarrolla la ficción, aportando una interpretación de esta parte de la historia de España. Es el fruto de un trabajo de investigación y documentación en el que he interpretado, desde mis ojos, la vida de Alfonso XIII; cómo pensaba, por qué actuó como lo hizo, cómo era su relación con el género femenino y también con su familia. Así, he tratado de dar voz a un rey al que la Historia ha juzgado usualmente de forma negativa y tildado de frívolo.

Se trata pues de una visión personal; cómo el rey, desde sus ojos, vivió cada uno de los acontecimientos, tanto históricos como personales, que marcaron no su reinado, sino sobre todo, su vida.

En este sentido, debo pedir disculpas a la memoria de Alfonso XIII por haberme inmiscuido en su intimidad con la finalidad de proporcionar detalles de la misma. Del mismo modo, debo agradecerle su intensa existencia, pues gracias a esa vida atrabiliaria a la par que extravagante, ha dado pie al nacimiento de esta novela. Novela cargada del realismo aportado por la historia junto a mi propia imaginación.

Capítulo 1

Tras una semana de días grises y noches plomizas, por fin, amanece un día soleado en Roma. Aunque la lluvia no ha sido de gran intensidad, el viento golpeaba con furia los cristales de la ventana de mi habitación, tras los que, esta mañana, pierdo la mirada con el fin de disfrutar de la belleza de los jardines del hotel. Estoy nervioso esperando la visita diaria de Juana a quien hoy he citado más temprano de lo habitual.

Tiempo lleva rondándome la necesidad de legarle mi historia, la historia de España desde los ojos del rey. A diferencia de los que junto a mí permanecían regalándome incesables adulaciones con la esperanza de recoger los frutos sembrados, Juana es la única que me acompaña de la manera más desinteresada en el peor de mis momentos, cuando ya a nadie atrae la presencia de un rey exiliado.

En estos años, los más difíciles del exilio, cuando ya no soy ni el recuerdo de lo que fui, ella me aporta la compañía, la atención y la conversación más atenta. Perdido en estos pensamientos han tocado a la puerta y tras ella espera mi querida Juana.

—Me gusta el día que ha amanecido hoy, querida —digo mientras la saludo con un cariñoso abrazo—. Venía a mi memoria en estos momentos, lo afortunado que me siento de poder contar con tu presencia y atención en estos duros años, donde la tristeza y la enfermedad me acechan día tras día. Me siento dichoso de todos los instantes que hemos compartido a lo largo de estos años. Muchos han sido los paseos al atardecer desde la Plaza Navona hasta el Panteón que tanto te gusta observar cuando cae el sol. Tú tomas un café solo y yo una copa de vino, a la vez que nos reímos de la prensa que se hace eco de la «nueva relación de Alfonso XIII» porque «ha sido visto últimamente paseando por las calles de Roma junto a una dama mucho más joven que él». Nadie ha reparado en el parecido que nos une.

Si hoy te he hecho venir hasta aquí, Juana, es para que nadie pueda interrumpir la narración de mi relato, ni nada disperse tu atención de la historia. Quiero que conozcas también la parte de la que yo soy protagonista y que pertenece a mi ámbito privado.

Lo justo es comenzar desde el principio.

Mi infancia no fue la de un niño cualquiera, ni siquiera como la de un infante. Yo, Alfonso XIII, nací rey.

Los colores del otoño coloreaban un precioso lienzo que tenía como elemento central al Palacio del Pardo. Sin embargo, tras sus bellos muros, el cuadro pintaba

bien diferente, donde una tenue iluminación daba el tono de color a la tristeza que se vivía en la habitación del entonces rey. Este agonizaba tumbado en la cama y, junto a él, sentada en el suelo y agarrándole la mano, la reina mientras le confesaba la buena noticia.

—Alfonso, estoy embarazada. En poco menos de seis meses tendremos otro hijo —comunicó mi madre a un moribundo Alfonso XII, mi padre.

—Cristina, querida, esta es la mejor noticia que ha entrado en esta habitación en los últimos días, sin duda. Siento, por contra, una profunda tristeza. Soy plenamente consciente de que no tendrá Dios el beneplácito de otorgarme la oportunidad de conocer a la criatura que hoy crece dentro de tu vientre. Se me acaba el tiempo y me apena tanto... Es probable que sea un varón, por eso, debes jurarme que, de ser así, no se llamará Alfonso. Por favor, prométemelo.

—No sufras, querido, descansa y no te fatigues —contestó mi madre con lágrimas en los ojos y pena en el corazón, porque sus sentimientos sí eran sinceros. Mi adorada madre, María Cristina de Habsburgo, estaba verdaderamente enamorada de su marido, mi padre, Alfonso XII. Por desgracia para ella, no fue recíproco.

—Por favor, déjame continuar —pronunció mi padre costosamente ya con un solo hilo de voz—. Bastante maldición supone el nombre de Alfonso para los Borbones. Si llega a reinar algún día, lo hará bajo el

número trece, Alfonso XIII, y no es un buen presagio. Fernando, si es varón, debe llamarse Fernando. Ese debe ser su nombre.

Resulta evidente que esta promesa no se cumplió. Aunque en honor a la verdad, he de decir que nunca existió, porque mi madre se limitó a calmar el ansia y temor de un agonizante rey en su lecho de muerte. Al menos es lo que ella me contó y no tengo motivos para dudar de su palabra.

Dos días después, el 25 de noviembre de 1885, fallecía el Rey Alfonso XII en el Palacio del Pardo. Falta-
ban seis meses para mi nacimiento. Esta situación de reina consorte viuda y heredero por nacer, condujo a mi madre a un largo periodo de regencia a la espera de que pudiera dar comienzo mi reinado. Pero para ello, antes tenía que nacer.

Cuando los fríos y tristes meses del invierno llegaron a su fin, dejaron paso a una primavera que se presumía de esperanza con la llegada al mundo del ansiado heredero. Era 17 de mayo de 1886 cuando a las doce y media del mediodía, mi madre, la reina María Cristina, traía a este mundo en el Palacio Real de Madrid a Alfonso León Fernando María Jaime Isidro Pascual Antonio de Borbón y Habsburgo-Lorena. Fueron ciento veintinueve los invitados que esperaban en una cámara contigua a la alcoba donde había tenido lugar el alumbramiento, para que, sobre bandeja de plata, el heredero fuera presentado a manos

del presidente Sagasta, momento que pertenecía a mi padre, pero estaba muerto.

Tanto mi infancia como mi juventud la pasé rodeado de mujeres: mi madre, mis tías, concretamente, tía Eulalia, hermana de mi difunto padre y mis hermanas Mercedes y Teresa. Mi vida transcurría entre el Palacio Real de Madrid, donde vivíamos y el de Miramar en San Sebastián durante las vacaciones. Este lugar se había convertido en el refugio de mamá tras enviudar. Miramar fue construido en estilo inglés asemejando a una casa de campo y allí pasé mis vacaciones estivales durante la infancia y hasta mi boda con Victoria Eugenia. Tras los desposorios, cambiamos San Sebastián por Santander, pero siguiendo fieles a esta moda de los baños de ola que impuso mi abuela Isabel y que continuamos hasta el momento del exilio.

Disfrutamos de divertidos veranos en aquel palacio mis hermanas y yo. Las tardes las pasábamos corriendo por los pasillos de la planta de servicio, intentando descubrir fantasmas entre las habitaciones de las doncellas, camareros y demás personal de Palacio. El señor Antonio, el jardinero, nos contó una vez mientras corríamos entre los rosales que intentaba arreglar que, durante el invierno, las luces se encendían y apagaban solas escuchándose ruidos extraños que nadie sabía de dónde provenían.

Para nosotros se trataba de toda una aventura que nos mantenía entretenidos durante el verano, mientras

para Antonio, suponía un descanso, pues no tenía a tres niños entorpeciendo su trabajo.

—¡*Bubi*¹, corre! Estoy segura de haber visto luces misteriosas en la planta de arriba —gritaba mi hermana Teresa.

—¡Qué bobada! Serán las doncellas arreglando las habitaciones. Yo no me creo lo que nos ha contado el señor Antonio —sostenía Mercedes, que era la mayor y muy desconfiada. Pero, al final, acudía a todos nuestros juegos.

Yo, como cualquier hermano pequeño, siempre iba tras mis hermanas mayores donde fuera. Además, no conocía el peligro y como mi madre me protegía en demasía, adoraba vivir cualquier momento interesante por inventado que fuera.

Recuerdo también que, los días de viento, subía a la torre octogonal de Miramar. Desde ahí, contemplaba cómo la bahía de La Concha desaparecía cuando las olas rompían al chocar con el muro gris que la enmarcaba. Contemplando esas vistas, me perdía sin ser consciente de las horas que el reloj robaba a la tarde.

¹ Apelativo cariñoso y familiar con el que la reina M^a Cristina llamaba a su hijo el rey Alfonso XIII, mientras los cortesanos se dirigían a él como «Señor» o «Vuestra Majestad». Cuenta G. Cardona en su libro *Alfonso XIII. El Rey de Espadas* cómo en una ocasión, un aristócrata se atrevió a llamarlo *Bubi* y el niño le espetó: «Para mamá soy *Bubi*, pero para ti soy el rey».